

Bedoya Cardenio, Flavia Belpoliti y Marc Zimmerman, eds.
Orbis/urbis latino: Los "hispanos" en las ciudades de los Estados Unidos.

Houston: LACASA, 2008, 245p.

JORGE DUANY

Departamento de Sociología y Antropología
Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras

Durante las últimas tres décadas, muchas ciudades de Estados Unidos se han "latinizado" cada vez más. Demográficamente, la inmigración latinoamericana y caribeña ha transfigurado varios centros urbanos, hasta convertirse en la mayoría de sus habitantes. Culturalmente, los inmigrantes han reproducido muchas de sus prácticas tradicionales, como la devoción a la Virgen María, la afición por ciertos deportes o la comida típica de sus países. Lingüísticamente, han reforzado al español como la segunda lengua más hablada en Estados Unidos. Económicamente, han ampliado la oferta de bienes y servicios dirigidos a la población de origen hispano, desde colmados (o "bodegas") y discotecas hasta iglesias y funerarias. Políticamente, los latinos han aumentado su participación en asambleas municipales, estatales y federales, aunque todavía no han logrado una representación electoral proporcional a su número.

El propósito básico de *Orbis/urbis latino* es analizar el impacto cultural de las poblaciones latinas en las ciudades estadounidenses en el contexto de la globalización. Éste es el tercer volumen colectivo de una serie editada por el proyecto LACASA de la Universidad de Houston, impulsado por el incansable crítico literario estadounidense, Marc Zimmerman. Según los editores de este libro, se trata de "explorar el devenir de las relaciones sociales, el trabajo, los espacios, la vida cotidiana, los modos de percepción y autopercepción" (p. 11) de los latinos en seis ciudades de Estados Unidos: Nueva York, Los Ángeles, Miami, Chicago, Houston y El Paso. Entre los grupos étnicos examinados, sobresalen los mexicanos, los puertorriqueños, los cubanos, los salvadoreños y los colombianos. La mayoría de los

autores son académicos latinos residentes en los mismos lugares que estudian, principalmente desde las ciencias sociales y las humanidades, sobre todo la crítica literaria. Algunos han militado en las luchas por los derechos civiles de los inmigrantes y la resistencia al desplazamiento residencial de sus comunidades.

En el ensayo introductorio, la lingüista argentina Flavia Belpoliti, el planificador colombiano Cardenio Bedoya y Zimmerman plantean el término “latinización” como “una respuesta antihegemónica” a la “norteamericanización” por parte de sujetos subalternos, sobre todo pertenecientes a la clase trabajadora (pp. 30-31). Es decir, los inmigrantes latinoamericanos y sus descendientes crean “un sistema de valores alternativo” frente “al predatorio y salvaje neo-capitalismo actual” (p. 47). Sin caer en el esencialismo, los editores elaboran el concepto de “latino” como un rótulo panétnico y supranacional, complementario y a veces opuesto a las identidades nacionales. Prefieren “latino” a “hispano” para designar a la población de origen latinoamericano como “sujeto de procesos de racialización, estigmatización y diferenciación durante su constitución como minoría en los Estados Unidos” (p. 20). Estos procesos propician la hibridación de las culturas latinoamericanas en las urbes estadounidenses, a través de múltiples identidades, representaciones y prácticas “latinas”. Al mismo tiempo, proliferan las expresiones de lealtad nacional en territorios marcados simbólicamente como el barrio mexicano de East Los Ángeles, el barrio tradicionalmente puertorriqueño del Harlem hispano o la Pequeña Colombia en Jackson Heights, Nueva York.

Cada uno de los capítulos del libro escudriña una pieza clave del mosaico multicultural y urbano de Estados Unidos. En la primera sección, tres ensayos se concentran en la población puertorriqueña, mexicana y colombiana de la ciudad de Nueva York, la mayor receptora de inmigrantes caribeños desde fines del siglo XIX. El sociólogo puertorriqueño Agustín Laó-Montes traza el origen del discurso de la latinidad en “Nuebayol” (utilizando la pronunciación puertorriqueña y dominicana) como referente primario para las identidades nacionales en las Antillas Mayores —especialmente Cuba y Puerto Rico. El sociólogo estadounidense Robert Smith analiza la racialización contemporánea de los mexicanos en “Neza York” (como muchos de ellos la llaman, por su origen en Nezahualcoyotl), haciendo énfasis en su distanciamiento social de las principales minorías de la ciudad, los afroamericanos y los puertorriqueños. Por su parte, el crítico literario colombiano, Armando Silva, reseña las fotografías de álbumes familiares de varios residentes en Queens para captar el imaginario cultural de *Little Colombia*. Nueva York aparece aquí como un lugar

privilegiado para la producción de relatos dominantes y subalternos sobre la “latinidad”, así como la renuencia de los colectivos así encasillados a abandonar sus afiliaciones nacionales.

La segunda parte del libro contiene dos ensayos sobre la latinización de Miami, la ciudad con la mayor proporción de residentes extranjeros en Estados Unidos. El crítico literario John Beverley y el economista David Houston, ambos estadounidenses, retratan a Miami como una zona de intensos conflictos culturales entre la población angloparlante y varias comunidades latinoamericanas, especialmente la cubana y las de otros países circuncaribeños. La crítica literaria María E. Pérez, de origen puertorriqueño, examina cómo el proceso de revitalización urbana desplazó al “Pequeño Viejo San Juan” (el barrio pobre de Wynwood) en Miami. Ambos capítulos recalcan que la población de ascendencia hispana, particularmente la cubana, domina a Miami económica, política, cultural y lingüísticamente. Por eso, la ciudad se ha convertido en el blanco favorito de los críticos conservadores a “la amenaza hispana”, como el politólogo estadounidense Samuel P. Huntington.

La tercera sección de la obra se detiene en la continua latinización de dos ciudades texanas, Houston y El Paso, de larga trayectoria mexicanoamericana. En su recorrido por el Houston contemporáneo, Bedoya resalta el mestizaje entre anglosajones y latinos, la popularización del fútbol, el catolicismo, el intercambio lingüístico y otras manifestaciones culturales de la creciente presencia latina. El antropólogo de origen mexicano, Víctor Ortiz-González, repasa la historia económica de la ciudad fronteriza de El Paso, subrayando su función tradicional como lugar de tránsito entre México y Estados Unidos. Estos textos recuerdan que la influencia latina, específicamente mexicana, en el suroeste americano data de mucho antes de su anexión por el gobierno estadounidense a mediados del siglo XIX. No obstante, el crecimiento de la inmigración latinoamericana se aceleró con la globalización y la regionalización, particularmente tras la aprobación del Tratado de Libre Comercio entre Canadá, Estados Unidos y México en 1994.

La cuarta parte de la obra se dedica a Los Ángeles, donde reside la mayor concentración de mexicanos y salvadoreños en todo Estados Unidos. El planificador mexicanoamericano Rafael Alarcón dramatiza la persistente precariedad de los inmigrantes mexicanos en el mercado laboral. A su vez, la crítica literaria salvadoreña, Beatriz Cortez, aborda los clubes de compueblanos salvadoreños como “un espacio para construir identidad y un imaginario cultural basado en lo local y no en la identidad nacional más tradicional” (p. 196). Este

último ensayo va más allá del análisis convencional de las asociaciones voluntarias de los inmigrantes como grupos filantrópicos que envían remesas colectivas a sus municipios de origen, para interpretarlas como lugares donde se debaten los conceptos dominantes de la nación ligados al territorio y el Estado.

La última parte del volumen se concentra en Chicago, un destino importante para inmigrantes mexicanos y puertorriqueños. El científico social mexicano, Luis Rodolfo Morán Quiroz, compara los principales asentamientos mexicanos de la ciudad, Pilsen y “La Villita”, desde una perspectiva histórica, geográfica, cultural y económica. Finalmente, el activista comunitario de origen puertorriqueño, Michael Rodríguez Muñiz, narra la historia del Paseo Boricua, una iniciativa popular que evitó el desplazamiento de la comunidad puertorriqueña del área de Humboldt Park. Pese a los múltiples efectos perniciosos de la segregación residencial, ambos capítulos insisten en que las concentraciones de residentes latinos promueven sus prácticas culturales, desarrollo económico y organización política.

Resulta difícil evaluar la contribución teórica, metodológica y sustantiva de este volumen colectivo, por su diversidad de temas, enfoques y disciplinas. En conjunto, los autores documentan la transformación del entorno físico y social de muchos centros urbanos estadounidenses a raíz de la inmigración latinoamericana. Contrario a trabajos previos, en estos ensayos los autores le prestan mayor atención a las repercusiones culturales y locales de la globalización. Al desmenuzar las circunstancias particulares de grupos étnicos específicos en ciertos vecindarios, el libro rehúye las generalizaciones fáciles de las grandes narrativas y los métodos de investigación cuantitativos. La mayor parte de los ensayos se basa en la observación participante, el contacto prolongado y el conocimiento personal de la gente bajo estudio. Todos los capítulos están bien anclados en los espacios geográficos y los grupos étnicos donde surgen los discursos y las prácticas identitarias de “lo latino” “desde abajo”.

La principal cuestión conceptual pendiente para otros estudios es la misma noción escurridiza y problemática de “latinización”. Como apunta Laó-Montes, muchos movimientos sociales se autodefinen como “latinos” en Nueva York y otras ciudades de Estados Unidos (p. 59). Otros autores han comprobado cómo y cuándo se construyen y fomentan lazos de solidaridad entre distintos grupos de inmigrantes latinoamericanos y sus descendientes. El mejor ejemplo reciente fue la movilización masiva de la población a favor de una reforma migratoria en los años 2006 y 2007 en varias ciudades estadounidenses. El reconocimiento de afinidades culturales, especialmente lingüísticas y

religiosas; la convivencia diaria en barrios multiétnicos; la imposición de la etiqueta “latino” o “hispano” por el gobierno federal, los medios de comunicación, la policía y los propios intelectuales; la racialización de los latinos como grupo intermedio entre blancos y negros, y las alianzas estratégicas en torno a proyectos comunes como la educación bilingüe y la elección de candidatos “hispanos” han promovido una incipiente conciencia panétnica.

Sin embargo, si algo demuestra *Orbis/urbis latino* es que la vida cotidiana de los latinos en las ciudades estadounidenses gira alrededor de tenaces sentimientos patrióticos. Esta compilación presenta muy poca evidencia de intercambios culturales profundos entre diversas poblaciones de origen latinoamericano en Estados Unidos. Lo que queda en la memoria después de leer esta estimulante obra, no es tanto una identidad compartida por todos los grupos étnicos discutidos, sino la enorme variedad de experiencias singulares. Entre ellas se destacan la música de mambo producida por cubanos y puertorriqueños en Nueva York; los restaurantes colombianos de Astoria en Queens; el trauma colectivo de Elián González en la Pequeña Habana de Miami; las ligas futbolísticas en Houston; las asociaciones salvadoreñas en Los Ángeles; los enclaves mexicanos de Pilsen y “La Villita” de Chicago, y el Paseo Boricua en esa misma ciudad. La tensión entre estas líneas divisorias y las presiones homogeneizadoras seguirá siendo un tema recurrente para los estudios latinos.